

Paul Schostakovsky

La risa patética de Gogol



N un artículo hay posibilidad de pintar el retrato, contar la historia y criticar la obra de cualquier escritor, por grande que sea, a condición de que su complejidad espiritual no traspase ciertos límites. Realmente, un sinnúmero de monografías, referentes a los escritores de mérito, ponen a nuestra disposición un material abundante y sistematizado. Aprovecharlo, sacar de un montón de datos un compendio bien equilibrado, atrayente como exposición, exacto como pintura, es nada más que una cuestión de competencia y de olfato artístico. Mas, para que esto sea factible, la vida del escritor que nos interesa debe proporcionar hechos y su obra composiciones que permitan asentar el juicio sobre algo real, tangible. Empero, la vida de Gogol, así como su obra, salen de lo real, de lo tangible; su biografía es la historia de su alma, de su lucha interna, y los hechos que la pintan son enigmáticos aun para sus amigos contemporáneos. Su ardor místico, sus dudas trágicas, Gogol las vivió en su alma, ¿y qué sabemos nosotros de un

alma humana, aun de la más sencilla y elemental?
¡Creo que nada!

Cierto, Gogol es sumamente comunicativo, se entrega con una buena voluntad, con una sinceridad evidentes; pero eso no quiere decir que en su vida, así como en sus escritos, todo esté perfectamente claro, aun para gente que acepta la revelación; en cuanto a los racionalistas, para ellos el problema de sus padecimientos no tiene otra solución que la de considerarlo como un enfermo psíquico.

Las dificultades de comprenderlo empiezan desde la primera palabra, desde la definición de lo que es «misticismo», cuyo significado es muy diferente según se trate de un católico, de un ortodoxo, de un protestante o de un ateo. Suponiendo aún que los lectores de varios conceptos religiosos den a aquella palabra la misma definición académica, la sensación de lo irreal que ella evoca, tiene aspectos muy diferentes, no sólo según la religión, sino según el ambiente y la mentalidad de cada cual.

A pesar de sus rasgos enigmáticos, y tal vez precisamente por ellos, Gogol es mucho más popular en el Occidente que los poetas y escritores rusos de los cuales nos hemos ocupado en los artículos precedentes (*); su prosa ha sido traducida a todos los idiomas europeos y bien que las traducciones dejan que desear, todos los intelectuales occidentales han leído u oído hablar de las principales de sus obras.

(*) Véase *Atenea* de marzo y diciembre de 1937.

Consecuentemente, yo me limitaré a destacar el puesto ocupado por Gogol en la literatura rusa y precisar sus rasgos más salientes, comentando lo que puede escapar a la apreciación de la mentalidad iberoamericana.

* * *

Los títulos de gloria literaria, su puesto preeminente en el dominio de las letras rusas, Gogol los consiguió como escritor moralista, cuyo humor satírico anota en la vida sólo sus aspectos sombríos y negativos y, a través de lágrimas, se burla de ellos.

Bien que aquella tendencia es de todo contraria al optimismo de Pushkin y a su concepto artístico, sumamente equilibrado y reconciliador con la vida y los hombres, Gogol alcanzó con ella la misma meta que él: está considerado, al igual de Pushkin, como fundador de la literatura nacional rusa.

Aquella consideración la mereció, porque su influencia sobre el desarrollo posterior de las letras rusas fué decisiva: con él la literatura rusa toma un carácter rigurosamente realista. Realista a la manera rusa, de la cual es fácil de darse cuenta, leyendo las novelas y los cuentos rusos, y que nada tiene que ver con los métodos realistas de los escritores occidentales. Con su cuento *La capa* («El abrigo») Gogol demostró poseer una fórmula nueva, que tenía que imponerse a la literatura rusa: «Nosotros todos salimos de *La capa* de Gogol», dijo Dostoiewski.

Aquel criadero de escritores rusos es muy modesto como tamaño: 50 páginas apenas; sin embargo, significa la inauguración de un género de literatura en el cual *La pobre gente*, *Humillados y ofendidos* de Dostoiewski, *El pecado del viejo*, de Písemki no son sino una continuación, un desarrollo lógico del mismo relato. Elegir a un héroe humilde, analizar sus menores gestos, los menores movimientos de su alma, sumisa a las adversidades de la suerte, pintar su personalidad, que a primera vista parece completamente borrosa, y con estos elementos, tan sencillos, tan modestos, crear cuadros incomparables, altamente artísticos y verídicos; en ello reside todo el secreto de la fórmula gogoliana, que explica el ascendiente de la literatura rusa sobre el mundo occidental.

Antes de que apareciera *La capa* de Gogol, la literatura rusa se inclinaba ya hacia el realismo o, mejor dicho, al naturalismo: en las obras de Pushkin, Krylov, Griboiédov, aun en las obras anteriores de Fon-Visin y Nóvikov, se nota ya el anhelo de pintar la vida en su sencillez cotidiana. Diré más, hay posibilidad de insinuar que la tendencia hacia el relato sin artificios ni convencionalismos, el deseo de ver en el ser más humilde a un hermano digno de toda consideración, de estudio más detallado, al igual que grandes de este mundo, en una palabra, la aplicación de la doctrina evangélica al dominio de la literatura, corresponde al carácter nacional ruso. Gogol, eligiendo aquella vía, no hizo sino seguir una huella natural y ya

hollada por sus predecesores; no obstante, lo cierto es que la afirmación del realismo en la literatura rusa es obra suya.

Creo que si Gogol nos hubiera dejado como herencia literaria nada más que *La capa*, su puesto en la literatura nacional no hubiera variado mucho.

El rasgo más sugestivo del arte de Gogol es su capacidad de esbozar un carácter, un hombre con una nada de palabras. Para apreciarlo hay que parangonar los escritos de Gogol con los autores que necesitan un tomo para pintar un carácter. Un pasaje de *Almas muertas* puede dar la idea de hasta qué punto Gogol sentía aquella posibilidad de ser lacónico; pero él la atribuía a las propiedades del idioma ruso:

«¡Con qué fuerza se expresa el pueblo ruso!—dice
 « él—y si alguna vez gratifica a alguien con una pala-
 « brita, se pega ésta a su linaje y posteridad, la lleva
 « el hombre consigo en su carrera y en su jubilación,
 « a Petersburgo y al cabo del mundo. Y luego puede
 « el hombre usar astucias y tratar de ennoblecer su
 « apodo; pero, aun si recurre a los hombrecillos que
 « venden sus escritos para que establezcan su proce-
 « dencia de una antigua familia de príncipes, de nada
 « les servirá aquello: graznará el mote mismo con toda
 « la fuerza de su gaznate de cuervo y dirá claramente
 « de adonde salió el pájaro. Lo dicho con acierto, como
 « lo escrito, no hay posibilidad de suprimirlo, ni si-
 « quiera a hachazos. Y como es acertado todo lo que
 « sale de lo profundo de Rusia, donde no hay alema-

« nes, ni fineses, ni otros pueblos, donde reina el espí-
« ritu ruso, vivo, despierto, que se debe a sí mismo;
« cuya lengua no está en el bolsillo; que no empolla
« la palabra como una gallina sus crías, sino la despa-
« cha de un golpe, como un pasaporte para toda la
« vida; ya no es necesario agregar después como es tu
« nariz o tu boca; de un rasgo estás pintado de pies a
« cabeza! . . . ».

Si bien, a mi parecer, no se necesitan más precisio-
nes para justificar la consideración de que goza Gogol
entre los escritores rusos, es siempre interesante con-
cluir este párrafo con un trozo, sacado de la carta que
Turguenev escribió a Mme. Viardot, después de la
muerte de Gogol:

« . . . Una desgracia, la más grande, nos ha castiga-
« do: Gogol murió en Moscú, se murió después de
« haber quemado todo, el segundo tomo de *Almas*
« *muer-tas* entero, un montón de cosas terminadas, o
« empezadas, en fin, todo. Le será difícil a Ud. apre-
« ciar la enormidad de esta pérdida, tan cruel y tan
« cabal. No hay ruso, cuyo corazón no sangre en este
« momento. Gogol fué más que un escritor para nos-
« otros; él nos reveló a nosotros mismos. En más de un
« sentido era un continuador de Pedro el Grande. Es-
« tas palabras pueden parecer a Ud. exageradas, como
« dictadas por el dolor. Mas Ud. no conoce a Gogol;
« Ud. conoce sólo a las menores de sus obras, y aun
« si Ud. las conociera todas, le sería difícil compren-
« der lo que Gogol era para nosotros. Hay que ser

« ruso para sentirlo. Las inteligencias más penetrantes
 « entre los extranjeros, un Merimée, por ejemplo, no
 « han visto en Gogol sino un humorista a la manera
 « inglesa. El significado histórico les escapó completa-
 « tamente. Yo lo repito, hay que ser ruso para saber
 « lo que nosotros hemos perdido . . . » .

Puede extrañar la comparación de Gogol con Pedro el Grande; a primera vista no hay nada de comparable entre el zar reformador y un escritor. Pero Turguénev era un occidentalista convencido y como tal, admirador de la Rusia de Pedro el Grande; del comportamiento del genio ruso en el traje europeo que Pedro le puso sin escatimarle los palos. Para Turguenev, Rusia se reveló a sí misma precisamente en su estado reformado; en este sentido Gogol fué para él un continuador de Pedro, ya que reformó la literatura nacional. Ciertamente, Turguenev podía escribirlo de una pluma y en una carta íntima únicamente, ya que la reforma de Gogol consistía en la ruptura con las tradiciones literarias occidentales, es decir, en una tendencia contraria al sentido de todas las actividades de Pedro el Grande. No obstante, aquel trozo comprueba hasta donde llegaba la estimación por Gogol de parte de los grandes escritores, sus contemporáneos, y eso es mucho más valioso que cualquier reconocimiento póstumo.

* * *

Nicolás Vasilievich Gogol nació el 20 de marzo

de 1809, cerca de Soróchintzi, en el distrito de Mirgorod, provincia de Poltava, en la Ukrania. Su padre, descendiente de una antigua familia de cosacos, poseía allá un pequeño fundo, Vasílievka. Era un hombre bueno, con ciertas dotes literarias y un tanto humorista; escribió varias comedias sobre temas sacados de la vida popular ucraniana, que se distinguen por su espíritu de observación y de ingenio. Murió cuando su hijo tenía dieciséis años y desde entonces Gogol se siente jefe de familia.

Su madre era una mujer casi sin instrucción, pero sumamente religiosa e impresionable hasta lo enfermizo; de ella Gogol heredó una constitución espiritual complicada, así como una profunda fe, que conservó durante toda su vida. Hasta qué punto su religión era cálida y, al mismo tiempo, bien asentada, lo comprueba la descripción de la liturgia ortodoxa que dejó. Es un impreso de sesenta páginas, escrito en un idioma solemne, breve, de estilo eclesiástico, basado en las explicaciones dadas por los Padres de la Iglesia. En ningún momento el autor se permite discurrir fuera de la tradición, de modo que su escrito puede servir para la enseñanza religiosa. En el preámbulo dice Gogol que su «único fin es afirmar en el cerebro del lector el orden seguido en desarrollo de la liturgia; en cuanto al profundo significado místico del divino oficio, está convencido de que éste se descubrirá por sí mismo a toda persona que siga la liturgia con atención repitiendo cada palabra».

Aquellas pocas líneas comprueban que el misticismo de Gogol, era sumamente sano, práctico y realista, y no tenía nada que ver con divagaciones místicas propias de los intelectuales que, a menudo, desprecian la tradición y cuyas divagaciones empiezan por las palabras «yo pienso» o «yo considero», en vez de: «la Iglesia dice».

El misticismo de Gogol, además, era completo. No sé si me explico; pero, diciendo «completo» quiero insinuar que Gogol, junto con la parte positiva de la tradición, aceptaba también su parte, digamos, negativa, es decir, la que se refiere al dominio del espíritu maligno.

Hago aquella reserva porque a menudo la gente, aun creyente, acepta sólo lo que en la doctrina evangélica hay de positivo y, olvidando que el mismo Evangelio nos habla del diablo como de una fuerza real, rechaza todo lo que de cerca o de lejos se refiere a éste. La gente culta, aun cuando tiene el coraje de confesar su fe en Dios, se vuelve muy tímida apenas se trata del diablo. Reconocer su existencia les parece una falta de cultura, la ingenuidad más grande que huele a superstición bárbara. Pueda ser que mi observación choque a los racionalistas, pero, en este momento, el lector está en Rusia, en la Santa Rusia, y si no acepta las realidades de la revelación, nunca entenderá a Gogol, ni a los rusos en general.

Un cierto lord Balfour, en otro tiempo sacerdote de la Alta Iglesia de Gran Bretaña, y ahora padre

Dimitri de la Iglesia Patriarcal Rusa, me decía que los rusos tienen, indiscutiblemente, una sorprendente afinidad mística con el Mundo de Más Allá, que ellos sienten y ven cosas completamente cerradas para los ingleses, por ejemplo. Lo anoto para explicar la insistencia de Turguenev en afirmar que, hay que ser ruso para entender a Gogol, y, al mismo tiempo, para aclarar la raíz de los cuentos fantásticos de éste.

Es notable la desenvoltura con que Gogol trata al diablo y refiere cosas sobrenaturales en sus cuentos titulados *Las veladas en una granja cerca de Dikanka*. El elemento sobrenatural no falta casi en ninguno de sus cuentos más realistas, aun cuando la acción se desarrolla lejos del ambiente popular ucraniano. El lector no sabe nunca si Gogol habla de aquellas cosas en serio o en broma; si refiere creencias populares o propias. En sus cuentos populares, Gogol trata al diablo exactamente como lo trata el pueblo ruso. Lo teme, pero hasta cierta medida, ya que contra el maligno hay siempre una arma: la cruz y la plegaria; además mientras menos complicada es la vida, menos complicados suelen ser los artificios de tentación y maldades; un mujik o un cosaco ruso siente muy bien su propio punto débil, donde lo espera «el enemigo del género humano», que al fin y al cabo no tiene por donde agarrarle, si el hombre no se le entrega él mismo. Por eso el diablo cae a menudo en situaciones ridículas y el pueblo ortodoxo se ríe de él con una risa no exenta de buen natural...

Aquella familiaridad con el maligno, natural para el bajo pueblo, parece excesiva uno o dos escalones más arriba, y, apenas Gogol cae en otro ambiente, en seguida adopta el tono conveniente para la gente de cierta educación, de ciertas pretensiones; deja pasar las más extrañas cosas sin precisar su origen, sin insistir sobre los detalles, a veces negándose a continuar, cortando el hilo del relato en cierto punto, para volver a empezarlo nuevamente después de una pausa, como en el final de *La capa* o en *La nariz*, por ejemplo. Así el autor permanece fiel a su tradición de no apartarse de la realidad y, al mismo tiempo, no choca al lector por apariciones que estarían fuera de lugar en una sociedad civilizada.

* * *

Los críticos, habitualmente, dan al misticismo de Gogol una interpretación enfermiza, y esta tendencia general pide una aclaración.

En los *Hermandos Karamazov* hay una hipótesis fantástica, el relato del Gran Inquisidor; Cristo bajó nuevamente a tierra en Sevilla y el Gran Inquisidor le condena, como al peor de los herejes, a ser quemado en la hoguera, para que no le moleste en su labor siniestra, desarrollada *ad maiorem Dei gloriam*.

En aquel relato, Dostoiewsky no hace sino personificar las ideas abstractas; es una demostración de has-

ta donde puede llegar la deformación de un ideal y el choque consecuente de la doctrina pura con las realidades de la vida; y si el parangón está empujado hasta un extremo fantástico y absurdo, la pesadilla encierra una verdad que nosotros codeamos todos los días. No hay duda de que un buen cristiano que se atreviera a aplicar actualmente la doctrina evangélica en su integridad, acabaría al día siguiente en un manicomio; y por cierto no faltarían sacerdotes para declararlo loco.

Es lo que sucedió a Gogol. Los críticos y el público en general, lo juzgan como a un escritor y desde el punto de vista de los intereses de las letras rusas, mientras que Gogol perseguía un fin personal: quería salvar su alma; basta reconocerle aquel derecho para que su conducta resalte como muy cuerda y lógica. La dificultad está en la medida de aquel reconocimiento. Aun los buenos cristianos establecen ciertos límites razonables de la aplicación de la doctrina evangélica a la vida corriente; límites trazados por el egoísmo y la falta de verdadera fe y vigilados por la hipocresía; un hombre que ensancha aquellos límites, que los traspasa, violenta la conciencia de los demás y se vuelve en seguida un individuo inquieto, original, un loco.

En el caso de Gogol, un sinnúmero de hechos comprueba hasta qué punto su espíritu era equilibrado en cuanto a la profesión de su fe. Gogol pasó casi doce años en viajes continuos por países católicos; vivió varios años en Roma, Italia y, por encima de todo, la Roma papal, le parecían ser el paraíso terrestre. «Mi

« hermosa Italia—escribe en sus cartas—nadie podrá
 « separarme de ti... Uno se enamora de Roma muy
 « lentamente, pero una vez enamorado lo está para la
 « vida entera... En Roma se llenan los inconmensu-
 « rables espacios vacíos de nuestra vida; uno se siente
 « aquí cerca del cielo... ¡Roma, mi admirable Ro-
 « ma! ¡Infeliz el que te abandona para dos meses!
 « Feliz el que luego se pone en camino para volver
 « hacia ti... ». En las viejas iglesias romanas, Gogol
 siente la gracia de Dios: « me fuí a una de aquellas
 « hermosas iglesias romanas llenas de sagradas tinie-
 « blas, que el Santo Espíritu parece visitar en forma
 « de un rayo de sol que cae de la alta cúpula; dos o
 « tres siluetas arrodilladas parecen facilitar alas a la
 « plegaria y a la meditación. He querido rezar por
 « Ud.—escribe a una amiga—ya que sólo en Roma
 « se reza de veras... ».

Tanta simpatía para la capital del catolicismo no escapa a sus amigos romanos; el jesuíta polaco Kaiewicz y Zinaida Volkonski, de la familia de los príncipes Volkonski, que dió varios renegados del ortodoxismo, ayudados por el poeta polaco Mizckewicz y gentes de su círculo, hacen una presión tan grande sobre Gogol, que sus amigos rusos se asustan y Gogol debe calmar las aprensiones de su madre: « Ud. tiene
 « razón, afirmando que nunca cambiaré mi religión.
 « Siendo una sola la religión católica y la nuestra, no
 « hay razón alguna para cambiarla... ».

Así puede hablar sólo un hombre que penetró en el

espíritu de las dos religiones: no hay duda, el catolicismo y el ortodoxismo, en la forma pura, son una sola religión.

Hablando del misticismo de Gogol, es preciso aclarar su último gesto; la incineración del segundo tomo de *Almas muertas*, junto con un montón de notas y obras esbozadas. Los críticos rusos y extranjeros, cada uno según su temperamento y tendencia dominante, atribuyen aquel holocausto quien a la locura, quien a una excesiva humildad; pero todos se inclinan hacia una presunta enfermedad psíquica, variando sólo su grado. Nunca me sucedió, tal vez a causa de mi ignorancia, leer una crítica conforme con el espíritu ortodoxo. Y sin embargo, aplicando al hecho un criterio puramente religioso, la explicación me parece sencilla.

Un cristiano se siente morir, deja una obra importante; sabe que los editores van a apoderarse de ella con una avidez tanto más grande, cuanto que su renombre de gran escritor está establecido; sabe que van a propagarla en un sinnúmero de ejemplares; que la gente va a leerla; que sus escritos podrán influir sobre las conciencias humanas; siquiera sobre una sola conciencia, lo que para un verdadero cristiano es lo mismo; piensa que a su obra le falta valor positivo; que no puede enseñar nada útil; aun, que bajo ciertos aspectos es nociva; ¿qué tiene que hacer, entonces? Claro, ¡quemarla!

Cuando un hombre de negocios, antes de irse al otro mundo, preocupado de evitar molestias a sus here-

deros, pone orden en sus papeles y liquida o destruye lo que le parece sin utilidad o, con mayor razón, peligroso para sus prójimos, nosotros decimos: ¡qué hombre más ordenado!, ¡mirad!, destruyó todo lo que podía perjudicar a sus hijos. Pero, cuando un cristiano hace lo mismo, nosotros decimos: ¡mirad!, ¡es un loco de atar! Y los doctos críticos dictan su fallo: ¡manía religiosa!

* * *

En cualquiera monografía hay posibilidad de encontrar la descripción de los años escolares de Gogol. Yo me contento con anotar que el gran escritor salió del Liceo de Niéjin, en junio de 1828, con muy escasa reserva de conocimientos, pero con una gran pasión por el teatro y una firme convicción de ser hombre superior, predestinado a desempeñar un gran papel en la vida. Parece extraño que este papel lo viera en una carrera administrativa y no literaria; y que la pretensión concordase mal con su diploma de segunda categoría, que le hacía perder, desde la partida el derecho a dos grados en el escalafón de empleados públicos.

Sin embargo, encaminándose, en el mes de diciembre del mismo año a San Petersburgo, Gogol lleva consigo el manuscrito de un idilio titulado *Hans Kujelgarten*; lo edita en la capital bajo el seudónimo de *Alov*; se desespera con las críticas; recoge en las librerías los ejemplares no vendidos y los quema.

Más tarde, algunos biógrafos quisieron ver en este auto de fe un preliminar del holocausto que fué el término de su carrera literaria. Pero los dos gestos no tienen nada de común como impulso; la vanidad ofendida en el primer caso; acto de conciencia cristiana en el segundo.

Se sabe que las mujeres nunca jugaron papel alguno en la vida de Gogol; sin embargo, en aquel período del año 1829, hay que ubicar su primer y único romance amoroso con una viuda, romance vivido, probablemente, en su imaginación, ya que los dos fracasos —literario y amoroso— lo hacen huir de San Petersburgo. Aprovechando el dinero que su madre le manda para solventar una hipoteca, Gogol toma el vapor y se va a Lubeck. El arrepentimiento no se hace esperar y el hombre vuelve a St. Petersburgo en seguida.

A su vuelta logra, en fin, encontrar un empleo en uno de los Ministerios, pero sus ocupaciones de escribiente le aburren rápidamente y Gogol se convence de que la carrera administrativa no está hecha para él.

En medio de aquellos infortunios, su buen ánimo se mantiene y su fe le permite soportar con estoicismo las pruebas que la Providencia le manda. Tratando de mejorar su situación logra el puesto de profesor de historia del Instituto Patriótico. Traba amistad con el crítico Pletniev, inspector del instituto, que le proporciona trabajo literario en algunas revistas y le introduce en la intimidad de Jukovsky y de Pushkin.

Cuando Gogol llega por primera vez a casa de éste, el mozo le declara que su señor descansa.

—¿Probablemente habrá trabajado toda la noche?
—se informa Gogol tímidamente, con sumo respeto para el glorioso poeta.

—¡Qué esperanza!—le contesta el mozo—pasó la noche entera jugando a los naipes.

La amistad con Pushkin y la frecuentación de su círculo literario tuvieron una influencia enorme sobre Gogol. Su horizonte se ensancha; los defectos y las faltas de su propia instrucción se le hacen evidentes; Dante, Dickens, Walter Scott, Moliere, Hoffmann y Shakespeare se hacen sus compañeros inseparables; a este último Gogol lleva en todos sus viajes; los acontecimientos literarios y su propia vocación toman aspectos más conscientes; las observaciones y consejos de Pushkin le aclaran la esencia de su talento y le indican su verdadero camino.

Pushkin, sabiendo por experiencia propia, lo que son los dolorosos ensayos de posesión del idioma literario, aconseja a Gogol el estudio del ruso, y éste, durante diez años, trabaja en la composición de un Diccionario de palabras populares, antiguas y poco usuales; además, durante toda su vida junta las expresiones acertadas, giros logrados, términos especiales; y procede al remate de sus obras con un celo meticoloso, corrigiendo y recopiando varias veces todos sus escritos.

* * *

La sensibilidad, heredada de su madre, ayudó a Gogol a recoger y conservar, desde su tierna edad, las impresiones que la naturaleza y la gente ucraniana le producían. Las particularidades nacionales se expresan con una fuerza excepcional en sus *Veladas* en una granja cerca de *Dikanka*, colección de cuentos, cuyo primer tomo sale a luz en 1831 y hace a su autor en seguida una reputación gloriosa en los círculos literarios de Moscú y de San Petersburgo: «¡Qué alegría más verídica y sincera, sin esfuerzo alguno, sin amaneramientos y pretensiones — exclama Pushkin, — y a veces cuanta poesía, cuanto sentimiento! Todo eso es tan descomunal en nuestra literatura que todavía no puedo volver en mí».

Las «dumas» ucranianas, aquellas canciones épicas, inspiradas en episodios heroicos de tiempos remotos, cuando los cosacos en luchas continuas con los tártaros en el sur, con los polacos en el este, defendían su patrimonio, religión e independencia, tuvieron una expresión épica en la obra histórica *Taras Bulba*.

La verdadera intención de Gogol, era escribir, ni más ni menos, que la historia de Ucrania, pero— cuando empezó a recoger materiales y estudiar el pasado ucraniano— de sus trabajos, en vez de una monografía científica salió una obra poética: el material histórico tomó la forma de imágenes artísticas vivas; al

igual de lo sucedido a Pushkin, cuyos trabajos sobre la época de Catalina la Grande condujeron a la creación de la *Hija del Capitán*. Pero, mientras la obra de Pushkin se distingue por su plena objetividad, por la sencillez de su exposición y la tranquilidad del tono, Gogol en su *Taras Bulba* —escrito antes de *La capa*— pagó su tributo al romanticismo: el tono del relato es algo afectado, los héroes idealizados; la obra entera está empapada en un entusiasmo lírico. A pesar de ello tiene grandes méritos y se lee con un interés sostenido.

En general, en sus obras, Gogol no deja jamás de ser poeta; y siempre, cuando el ambiente o el desarrollo de la acción lo permiten, recurre a metáforas y cuadros líricos. Mas, en ninguno de sus escritos el énfasis poético llega hasta los límites de *Taras Bulba*, donde Gogol parangona una batalla a una fiesta. He traducido, como muestra de su estilo poético, la descripción de la estepa a través de la cual Taras con sus dos hijos y unos diez cosacos de escolta siguen su camino hacia la «Sech de los Zaporogos», nido de cosacos semibandoleros, semicaballeros:

«El sol lucía ya en el cielo despejado e inundaba
« la estepa con su luz cálida y vivificante. Todo lo que
« había de confuso y soñoliento en el alma de los co-
« sacos se voló al instante; sus corazones rebulleron co-
« mo pájaros.

«La estepa se hacía siempre más hermosa. En aque-
« llos tiempos todo el sur, todo el espacio que compo-

« ne la nueva Rusia actual, hasta el Mar Negro, era
« un desierto verde y virgen. Jamás el arado había
« pasado por las olas inconmensurables de la vegeta-
« ción salvaje; sólo la hollaban los caballos, que se
« ocultaban en ella como en una selva. Nada podía
« haber de más bello en la naturaleza; toda la superfi-
« cie del suelo era un océano verde oro del cual bro-
« taban millones de flores. Entre las finas y altas ca-
« ñas de hierba, los ancianos lucían sus cabecitas de
« azul claro, sombrío o violáceo; la pirámide amarilla
« de la retama descollaba por encima de ellos; el tré-
« bol blanco manchaba el suelo de sus umbelas; una
« espiga de trigo, llegada Dios sabe de dónde, madu-
« raba en la espesura. Bajo sus raíces finas, se movían
« las perdices alargando el cuello. El aire estaba lleno
« de millares de silbidos diferentes. En el cielo, los ga-
« vilanes permanecían inmóviles, con las alas desplegadas
« y los ojos fijos en la hierba. El clamoreo de una nu-
« be de gansos salvajes repercutía Dios sabe en qué
« lago lejano. Del herbaje se desprendía una gaviota
« con impulsos cadenciosos y se bañaba con delicia en
« las ondas azules del aire. De repente desaparecía
« en lo alto hasta divisarse apenas un puntito negro; y
« luego, después de una vuelta, centelleaba bajo el
« sol... ¡Qué el diablo os lleve, estepas, cuán hermo-
« sas estáis!...

« En la noche la estepa se transforma completamen-
« te: toda su extensión abigarrada se envuelve en los
« últimos rayos del sol ardiente y, poco a poco, se

« obscurece; se ven las sombras que corren por ella y
 « la ponen de color verde oscuro; las evaporaciones
 « se levantan más espesas; cada flor, cada hierbecita
 « exhala ámbar, y toda la estepa incienso bálamo.
 « En el cielo, de azul sombrío, un pincel gigantesco
 « parece pintar largas rayas de oro rojizo; nubes trans-
 « parentes y livianas flotan como vellones blancos, y
 « un vientecillo, fresco y encantador como olas mari-
 « nas, apenas mueve el herbaje y acaricia las mejillas.
 « Toda la música que sonaba durante el día se sosiega
 « y otra la reemplaza. Los gerbos moteados salen de
 « sus huecos, se incorporan sobre sus patas traseras y
 « llenan la estepa con su silbido. El chirrido de los
 « grillos se oye más fuerte. A veces llega de un lago
 « lejano el graznido plateado del cisne, resonando en
 « el aire embalsamado... Repentinamente, desde los
 « prados y lo largo de los ríos, las hogueras en las cua-
 « les se queman las cañas secas, lanzan sus reflejos al
 « cielo nocturno, y el hilo ceniciento de los cisnes que
 « vuelan hacia el norte se enciende en un reflejo cár-
 « deno, asemejando pañuelos rojos que revolotean en
 « el cielo oscuro... ».

Hay que ser poeta para escribir de este modo.

* * *

Pero la poesía no era el camino predestinado a Gogol. Su verdadera vocación era la risa a través de lágrimas. En su Confesión del autor, Gogol ex-

pone detalladamente la ruta seguida para llegar hasta ella. Dice que, al principio, nunca pensaba ser un escritor cómico o satírico, bien que, a pesar de su carácter melancólico, a menudo sentía ganas de bromear y aun de molestar a la gente con sus chanzas. La razón de la alegría que se nota en sus primeras obras residía en el deseo de diseminar los ataques de fastidio que sentía; de distraerse a sí mismo; de inventar algo de risible. «Puede ser—dice— que con los años la razón de ser de aquella alegría hubiera desaparecido y « junto con ella mi labor literaria. Pero Pushkin me « obligó a tomar el asunto en serio. Desde tiempo atrás, « me aconsejaba comenzar una gran composición y, en « fin, un día, cuando yo le leí un pequeño trozo que « le impresionó más que todo lo leído anteriormente, « me dijo: «¡Poseer una tal capacidad de adivinar al « hombre y con unos pocos rasgos exponerlo de repen- « te como si estuviera vivo, y no ponerse a escribir « una composición de importancia, es sencillamente, un « pecado!». Y luego empezó a hablarme de mi débil « constitución, de mis enfermedades, que podían cortar « mi vida temprano; me dió el ejemplo de Cervantes, « el cual, bien que escribió varios cuentos muy notables « y buenos, si no hubiera escrito el Don Quijote « nunca hubiera logrado el puesto que ocupa actual- « mente entre los escritores, y para concluir me dió un « argumento suyo, del cual quería él mismo hacer algo « como un poema y que, según él, no hubiera entrega-

«do a ningún otro. Era el argumento de *Almas muertas*».

Más tarde, Gogol no deja de pedir temas a Pushkin, al cual pertenece también el argumento del *Revisor*. En una carta le escribe: «Haced merced, dadme un argumento, sea cual fuese, divertido o no, pero una anécdota puramente rusa. Por amor de Dios, mi cerebro y estómago, los dos tienen hambre». Y Pushkin, entre sus amigos íntimos, solía decir en broma: «Con este malorós (ukraniano) hay que ser prudente, me despoja de tal manera que ni siquiera puedo gritar».

Gogol está en Roma, cuando la noticia de la muerte de Pushkin le alcanza e interrumpe todos sus trabajos. «Mi vida, mi mayor encanto se murió junto con él— escribe en una carta—. Cuando creaba veía ante mí solamente a Pushkin... Todo lo que tengo de bueno, todo lo debo a él. Y mi trabajo actual es obra suya. El me hizo jurar que escribiría y ni una sola línea ha sido escrita por mí sin que él estuviera presente ante mis ojos. Me divertía pensando en contentarlo; adivinaba lo que le gustaría más; y eso era mi primera y mayor recompensa. ¡Ahora esta recompensa se desvaneció! ¿Qué será de mi trabajo? ¿Qué será ahora de mi vida? El Grande no existe más». Y en otra carta, Gogol añade lo que tuvo ya ocasión de citar: «¡Dios, qué extraño, Rusia sin Pushkin!».

* * *

Por falta de espacio, no hago sino mencionar la desgraciada experiencia que Gogol hizo como profesor de historia en la Universidad de San Petersburgo; tarea para la cual no estaba preparado en absoluto. La misma falta de preparación le había hecho perder las lecciones de historia en el Instituto Patriótico y, en 1835, Gogol escribe a Pogodin: «Desconocido subí a « la cátedra y desconocido bajo de ella; este año y « medio son años de mi mala fama, ya que, según la « opinión general, yo me metí donde no me corres- « pondía».

El único camino que le queda ahora, y que tanto tiempo vacilaba en adoptar definitivamente, era el de la literatura: «Vamos a reír, a reír cuanto podamos, ¡viva la comedia!», escribió él en la misma carta.

Fiel a su promesa, Gogol se entrega en cuerpo y alma a su trabajo, y junto con comenzar *Almas muertas* termina su comedia inmortal *El Revisor*. Los fines del año 1835 y el principio del año siguiente pasan en trámites para hacerlo aceptar por el Teatro Imperial. Pero en vano. La censura acoge la comedia con una repulsión flagrante; y no podía ser de otro modo, tratándose de una comedia que pone en ridículo el régimen burocrático, a la sazón omnipotente en Rusia; que abre aquella plaga pública como una lanceta abre un tumor y hace ver a la luz del día el pus inmundo oculto en su interior.

Jlestakov, un joven bribón, empleado petersburgués cualquiera, camino al fondo de sus padres, se encuentra imposibilitado para continuar su viaje, por haber perdido al juego con otros bellacos todo el dinero que llevaba. Los empleados públicos de la pequeña ciudad en la cual Jlestakov se atascó, le toman por un temible revisor (inspector), cuya llegada de la capital esperan de un día a otro. La razón del malentendido es que Jlestakov «no paga en la fonda donde se alberga». Los burócratas, totalmente pervertidos, acostumbrados a regalos y sobornos, se sienten felices, cuando el presunto revisor entra en el papel que ellos le atribuyen y recibe prestado de cada uno sumas de dinero. Lo festejan y luego Jlestakov se va en la mejor troika de la posta. Los burócratas, reunidos en la casa del prefecto, descubren quien era el bribón, por una carta de éste que el jefe del correo abrió por pura curiosidad... En el mismo momento, llega un gendarme y les invita a presentarse al revisor recién llegado de San Petersburgo.

¡Qué sátira más agria y despiadada del régimen existente! ¿Qué esperanza podía tener el autor de que la censura de Nicolás I en el año de gracia de 1836, autorizase la representación de aquella comedia?

Desde luego, Rusia es un país lleno de contrasentidos. La pieza fué escrita por Gogol, un súbdito leal y admirador convencido del absolutismo, detractor de los países europeos que viven bajo regímenes liberales. Para vencer la resistencia de la censura, fué preciso

recurrir a la intervención de personajes altamente colocados y, en fin, llegar hasta Nicolás I. Aquel otro admirador del absolutismo, ya por causa propia, ordenó al Teatro Imperial incluir la comedia en su repertorio, sin más tardanza, y presenció en persona su estreno.

¿Por qué? Por mi parte, no lo entiendo en absoluto. Tampoco lo entendió el público de entonces. El *Revisor* fué representado el 19 de abril de 1836. La impresión del público resultó de las más inesperadas: nadie entendió la comedia. La dirección del teatro parecía haber hecho todo lo posible para hacer fracasar la pieza; los artistas trabajaban muy mal; los espectadores, irritados, no ocultaban sus sentimientos; las críticas aparecidas en los diarios eran acerbadas, y Gogol, una vez más, sintió su soledad. Algunas referencias buenas y serias en las grandes revistas no le consuelan. Quería ir a Moscú para dirigir personalmente los ensayos, pero, por miedo a fracasar también allá, se decide a abandonar todo y huir al extranjero: «Veo lo que significa un autor cómico—dijo en una carta—da la menor seña de la verdad, y contra ti se sublevan, no digo hombres, sino clases enteras...»; y Gogol se va al extranjero «para disipar su tristeza, meditar profundamente sus obligaciones de autor, sus obras futuras y volver refrescado, renovado...».

Considerando que sus primeras obras le fueron inspiradas por el aire artístico de Italia, Gogol piensa que sólo allá podrá calmarse. En el verano de 1836

abandona a Rusia y se va a París y Suiza, para luego radicarse en Roma. Así empiezan doce años de peregrinaciones, durante las cuales Gogol continúa escribiendo *Almas muertas* y vuelve a Rusia solamente en dos ocasiones y por pocos meses.

La vida social y política del Occidente no le interesa para nada; lo único que atrae su atención es el teatro y las artes en general y el modo de ser del pueblo que le rodea. Lee mucho, principalmente a los teólogos católicos y ortodoxos, y frecuenta los círculos artísticos.

Saliendo de Rusia, Gogol escribe a un amigo: «Siento que una voluntad de otro mundo me guía en mi camino. Juro que haré algo que no hará un hombre ordinario. Siento en mi alma una fuerza leonina. Alguien invisible escribe ante mí con un poderoso cayado».

Es el principio de la transformación espiritual de Gogol. El escritor, poco a poco, deja el puesto al profeta, y las preocupaciones literarias, a la obra de salvación de su propia alma. Aquel proceso que, en realidad, se desarrolló durante toda su vida, se revela a sus amigos mucho más tarde; lo que también es una prueba de lo sano que era. Sólo en 1844, S. T. Aksakov y Bielinski expresan su temor de que Gogol se lance en un camino peligroso y Aksakov le escribe: «Temo como al fuego al misticismo, que según creo aparece en Ud. Es caminar sobre el filo de un cuchillo. Tengo miedo de que eso perjudique al artista».

Pero Gogol no podía ya cambiar su rumbo, y la historia del segundo tomo de *Almas muertas*, es la historia de la lucha del escritor con el humilde siervo de Dios.

* * *

Hacer la crítica de *Almas muertas* sería obra demasiado extensa para caber dentro del cuadro de este artículo, pero las anécdotas que acompañaron su aparición merecen ser contadas. Para gozar de ellas hay que fijarse en el significado exacto del título.

Almas, según la nomenclatura oficial, eran los siervos de gleba. Los terratenientes pagaban los impuestos según la cantidad de siervos registrados en el último censo. Entre dos censos transcurrían varios años; mientras tanto los impuestos se pagaban aún por los muertos o fugitivos. La estafa inventada por Cihchicov, el héroe del poema, consistía en comprar las almas muertas como vivas, comprarlas por nada, ya que para sus propietarios no eran más que una carga inútil, y luego empeñarlas en el Banco del Estado. Para realizar su negocio Cihchicov viaja a través de Rusia, como don Quijote a través de España, y sus aventuras sirven al autor, de pretexto para exponer la serie de personajes que figuran en el poema.

De los veintitrés años de su vida de escritor, Gogol gastó diecisiete para editar el primer tomo y terminar y quemar el segundo.

No era fácil obtener la autorización de la censura

de entonces para hacer imprimir la primera parte. El título mismo provocó objeciones insalvables. «¿Qué quiere decir almas muertas?—protestó el presidente del colegio de censores de Moscú,— el alma humana es inmortal. Llamarla «muerta» es ir contra el dogma de la fe ortodoxa». «¿Y qué dicen ustedes del precio?—insinuó uno de sus subordinados,— ¡comprar un alma por dos rublos cincuenta, es una indecencia!».

Después de varios meses de trámites, y con la intervención de la señora Smirnova y del zar Nicolás I, que a menudo accedía a las solicitudes de esta buena hada de la literatura rusa, un censor petersburgués firma la autorización oficial.

Decididamente Rusia es un país incomprensible. Un autor de tendencias ultra-monárquicas, súbdito convencido del absolutismo, descubre las plagas de su patria, haciendo al mismo tiempo la profesión de un amor ardiente, de una fe inquebrantable en los altos destinos de su pueblo; las descubre con tanto talento que Pushkin, cuando Gogol le leyó los primeros capítulos de su obra, al principio se rió mucho, pero luego quedó pensativo y, cuando se acabó la lectura, dijo, muy afligido: «¡Dios, qué triste es nuestra Rusia!».

Según Pushkin, ningún escritor poseía el don de exponer con tanto relieve la vulgaridad de la vida; el don de saber dibujar la vulgaridad del hombre más vulgar con tanta fuerza que los detalles que escapan a nuestros ojos, de repente, saltan a la vista de todos. Gogol mismo se asustó cuando el primer tomo salió a

luz y empezaron a llegar las críticas. *Almas muertas* fueron comenzadas sin ningún plan preciso, con la vaga idea de que durante el desarrollo de la acción, es decir, de las aventuras de Cihchicov, los acontecimientos soplarían al autor una solución final. Pero ahora, cuando la parte primera salió como un acto acusativo monstruo contra la Rusia de su alma, el autor decidió que la obra tendría tres partes: la primera—el Infierno, la segunda—el Purgatorio y la tercera— el Paraíso.

La concepción de este plan fué el fallo de muerte para Gogol como escritor, y eso por dos motivos: por abandonar el dominio de su propia vocación, de la risa a través de las lágrimas, y por sujetar su talento a una tendencia contraria a la fórmula suya, a la fórmula de *La capa*, que había revolucionado la literatura rusa, y cuyo mayor encanto reside precisamente en la falta de cualquiera tendencia.

Gogol siente las dificultades del nuevo camino y, en 1843, quema lo que tenía listo del segundo tomo de *Almas muertas*. Las correcciones, modificaciones, substituciones que hace luego no le satisfacen y, dos años más tarde, la nueva redacción del tomo segundo será quemada a su vez.

En esfuerzos desesperados por realizar lo irrealizable pasan siete años más. Llega el año 1852. El presentimiento de su próxima muerte se apodera de su alma, a pesar de que Gogol tiene a la sazón sólo 43 años. Como un buen cristiano se prepara a morir: distribuye

su último dinero, hace sus devociones, se confiesa, comulga y, en un acceso de arrepentimiento, quema, en la noche del 11 de febrero, todos sus papeles y entre ellos el segundo tomo de *Almas muertas*. Ya no le queda sino morir. Gogol se acuesta y, realmente, diez días más tarde, muere, sin que para ello haya una razón médica...

Aquellos últimos días de su vida tenían que ser para él un verdadero martirio, ya que Gogol quería que lo dejaran a solas con Dios, mientras que sus amigos pretendían a toda costa verlo y llevarle la ayuda de los médicos. El 21 de febrero de 1852, su martirio, en fin, se acabó... A su entierro asistió Moscú entero. En el cementerio del convento Danilov, la lápida de su tumba lleva una sola palabra: **GOGOL**; y su monumento, erigido también en Moscú, ostenta cuatro: *Górkim slovon moím posmeiúsia*—en castellano se necesitan seis para traducirlo: **Me reiré con mi palabra amarga.**